

declamaciones y generalidades agradan á los charlatanes de esta especie; pero las definiciones, que son el sello de la ciencia, las estiman tanto como un fierro ardiendo en el estómago.

¿Qué es civilizar á los hombres? ¿Es enseñarles á preferir tan completamente sus sensuales inclinaciones y los goces de la tierra, á las promesas y prescripciones de la fé católica, que ella (la civilización), sea como el jefe de numerosos ejércitos armados y siempre listos, para impedir á los que no tienen ó que tienen menos, robar y degollar á los que tienen mas? Esta es, amigos míos, la bella empresa á que se han dedicado hace mas de sesenta años los que hablan tanto de civilización, y si nosotros no estamos todavía en una completa barbarie, lo debemos al oscurantismo de dos milicias, la una sometiendo siempre á un gran número de almas á la ley de Jesucristo, y la otra teniendo en jaque á la población pancista.

ENTRETENIMIENTO DIEZ Y OCHO.

Lo que es la civilización cristiana. Cómo ha progresado tan poco. Los autores y partidarios de los cismas y de las herejías: modo de proceder. Cómo un pueblo les levanta bandera, ó viene á ser su juguete.

En nuestro siglo de las luces, que se ha puesto bajo el gobierno de pretendientes minorías y de ignorantes disertadores, ninguna palabra resuena mas en nuestros oídos que la de civilización. Entre los innumerables chilladores de la filosofía, del diarismo y de la tribuna parlamentaria, no se encontrará uno que no se haya constituido como órgano de las luces y de los principios de nuestra civilización, y que no haya jurado defenderla contra las tenebrosas empresas del oscurantismo clerical; pero ninguno se ha cuidado de decirnos claramente lo que él entiende por civilización. Las

declamaciones y generalidades agradan á los charlatanes de esta especie; pero las definiciones, que son el sello de la ciencia, las estiman tanto como un fierro ardiendo en el estómago.

¿Qué es civilizar á los hombres? ¿Es enseñarles á preferir tan completamente sus sensuales inclinaciones y los goces de la tierra, á las promesas y prescripciones de la fé católica, que ella (la civilización), sea como el jefe de numerosos ejércitos armados y siempre listos, para impedir á los que no tienen ó que tienen menos, robar y degollar á los que tienen mas? Esta es, amigos míos, la bella empresa á que se han dedicado hace mas de sesenta años los que hablan tanto de civilización, y si nosotros no estamos todavía en una completa barbarie, lo debemos al oscurantismo de dos milicias, la una sometiendo siempre á un gran número de almas á la ley de Jesucristo, y la otra teniendo en jaque á la población pancista.

Civilizar á los hombres es hacer que ellos se entiendan, que se sobrelleven, que se ayuden los unos á los otros, se compadezcan de sus miserias morales y materiales los unos de los otros; en una palabra, que ellos se amen y tengan por regla de sus relaciones entre sí, la ley desconocida antes de Jesucristo: "Amaos los unos á los otros, como yo os he amado."

¿Quién no lo ve así entre los que quieren ver! El fundamento único é incapaz de sustituirse de

la civilizacion, es la caridad cristiana, que hace, como lo indica la palabra, que todos los hombres se vean como una misma carne, un solo cuerpo, del que cada miembro se interesa vivamente en la suerte de los otros, y que tiene por hecho á sí mismo el bien ó el mal que se hace á los demas: luego para determinar á un pueblo á amarse de esta manera, nada menos se necesita que todo el poder de la fé católica y de la dedicacion infatigable de los mártires del sacerdocio. Evidentemente al sacerdocio y á todos los fieles que secundan su accion, es á quien la sociedad debe lo que tiene todavía de virtudes cristianas y de caridad activa, es decir, de civilizacion.

Acordaos, amigos míos, de lo que yo os decia en una de nuestras primeras conversaciones, de la paz, de la union, de la felicidad que la fé católica procura á los individuos, á las familias, á los pueblos que se muestran dóciles á sus prescripciones. Multiplicad en seguida tanto estos individuos, estas familias, estos pueblos, que basten para formar una nacion, en la que penetrados todos de una fé viva en el juicio de Dios, se aplicaran á merecer la corona eterna de la gloria por una constante fidelidad á todos los deberes de su estado. ¡Ah! qué nacion modelo seria ésta! Sin duda que habria en ella grandes y pequeños, ricos y pobres; pero no se veria jamas á los primeros morir de tedio y de saciedad, ni á los segundos vivir y espi-

rar en los horrores de la miseria. Los fuertes ayudarían á los débiles, sabiendo que en el tribunal de Jesucristo los débiles serian el apoyo y el socorro de los fuertes. ¡Qué cuidado en los gobernantes para no abusar del poder, ni de los caudales públicos! ¡Qué respeto en los gobernados al poder y á las leyes! O mas bien, en un estado como este, ¿qué necesidad habria de leyes, pregunta un protestante inglés, cuyas palabras voy á citaros?

Este hombre de estado, despues de haber examinado los principios y las instituciones de la religion católica, concluye así su libro, tan corto en palabras, como grande en ciencia social: "Si en un Estado católico romano, ninguno se estraviara jamas (de estos principios), la cuestion era terminada: ¿cuál es el mejor de los gobiernos? Mas bien: en un gobierno como éste, ¿qué necesidad habria de otras leyes? Acaso todas las leyes humanas serian tan supérfluas, tan inútiles, como ellas son impotentes donde quiera que la religion católica no les sirve de fundamento ¹."

Ved aquí, amigos míos, lo que dice el buen sentido á todo hombre imparcial que conoce un poco la religion. Realizad ahora por el pensamiento el voto mas ardiente de Jesucristo y de su Iglesia: es

¹ Cartas de Atico, dedicadas á Luis XVIII, por el Lord Fitz Wiliam, la carta 5ª

tended á todos los pueblos que alumbra el sol el beneficio de la fé cristiana: haced que todas estas naciones sumamente degradadas y bárbaras, entre las cuales nosotros no contamos sino con débiles minorías cristianas, puestas siempre bajo el cuchillo de los perseguidores, sean estos lo que son una parte de sus compatriotas; es decir, sean tan verdaderos católicos, no viendo, como nosotros, en la universalidad de los hombres mas que hermanos, creados por el mismo Dios, hijos de unos mismos padres, rescatados por la sangre de un mismo Salvador, y destinados todos á vivir eternamente unidos en la compañía de un mismo padre celestial. ¿Quién puede figurarse los resultados de una revolucion como ésta? ¡Cuántas afrentosas instituciones destruidas! ¡cuántas guerras apaciguadas! ¡cuántas lágrimas enjugadas! ¡cuántos azotes y miserias endulzadas, sino es que suprimidas! Entonces sí que todas las fuerzas que están ahora ocupadas en destruir el bien ó en conservar el mal, serian empleadas en la mejora moral y material de la grande familia de los hijos de Dios.

Ved ahora la cuestion que en extremo interesante viene naturalmente á presentarse aquí. ¿Por qué el universo no es todavía cristiano? ¿Cómo ha sucedido que esta religion de la cruz, que desde los primeros siglos de su aparicion habia estremecido al mundo y sometido á su yugo á la mayor

parte de las naciones, ha sufrido pérdidas inmensas en los vastos continentes de Asia y de Africa donde ella habia desplegado todos los prodigios de la caridad ó sea de la civilizacion cristiana? ¿Cómo es que esta Europa, que desde el fin del siglo once estaba tan de acuerdo en materias religiosas para levantarse como un solo hombre contra los enemigos del nombre cristiano, sea presa desde el año de 1520 de las mas vergonzosas disensiones religiosas, y que ella oiga con indiferencia este grito salvaje de mas de un tercio de sus habitantes: ¡Abajo Cristo y su Iglesia!

Esta cuestion que Mr. el Mayre me proponia en el segundo entretenimiento, yo no podia por entonces resolverla sino de un modo general; yo tengo que desentrañarla ahora á la grande luz del buen sentido y de la historia, y voy á mostraros, amigos míos, lo que la humanidad debe á los criadores y primeros fautores de los cismas y de las herejías.

¿En qué consiste el cisma? En separar á un pueblo de la comunión de la Iglesia fundada por Jesucristo para la salud de todos, y hacerlo entrar de grado ó por fuerza en una Iglesia nueva edificada por un hombre en provecho de su orgullo y de sus pasiones. El autor de un cisma es un hombre que dice: para salvar la religion de Jesucristo desnaturalizada por los abusos de la corte de Roma y de un clero ultramontano, yo que-

ro rehacer la Iglesia, y reformar al clero; y este hombre hace una iglesia y un clero á su modo. ¿En qué consiste la herejía? En hacer desear á un pueblo, de grado ó por fuerza, uno ó muchos artículos de la fé revelada al mundo por Jesucristo y sus apóstoles, para hacerle profesar los desvaríos de un chusco malvado. El inventor de una herejía es un hombre que dice: la religion cristiana es verdadera, pero ella ha sido comprendida al revés por la Iglesia católica, es á mí á quien pertenece rehacerla; y este hombre construye una iglesia á su antojo, á la que él mismo no puede creer seriamente, pero que él se empeña en hacer creer á sus alucinados.

Que el cisma no marche jamas sin llevar á la grupa á la herejía; que los que desertan de la comunión de la Iglesia universal, no tardan en desertar tambien de sus creencias, y que á la comunidad de fé y de caridad que une á los discípulos del Cordero, sustituye Satanás entre todos los que se le sujetan, cualesquiera que ellos sean, la comunidad de error y odio, es un hecho de los mas naturales y mejor atestiguados. No se encontrará una iglesia cismática que no esté herida claramente del gusano de la herejía, y que no grite con los herejes: ¡Abajo la Iglesia romana! Que la herejía á fuerza de deshacer y rehacer la religion cristiana, acabe por escupirla y decir: "el cristianismo es una fábula," es muy natural y muy pro-

bado por los hechos. Esto es lo que hace de la turba anticristiana moderna, desde los deistas Voltaire y Rousseau hasta los actuales ateos Prudhon, Mazzini, Heinser &c., hijos muy naturales y de ninguna manera bastardos, de los artífices de las religiones cismáticas y heréticas.

¿Cuáles han sido estos artífices? Bien comprendéis, mis amigos, que para arrastrar á muchos pueblos fuera de la Iglesia ó de la fé católica, se necesitan hombres que gocen de una grande influencia por su talento ó por su posicion social. El autor de un cisma es comunmente un lobo introducido en el rebaño bajo el vestido de pastor, y que por sus escesos llama sobre sí la severidad del supremo Pastor. Excomulgado por el papa, el famoso tunante, juzga oportuno excomulgar y deponer al papa y hacerse gefe supremo de las provincias eclesiásticas que él ha logrado arrastrar á su sublevacion. Tal fué el patriarca intruso de Constantinopla, Focio, que en el siglo nono obró el cisma para siempre deplorable de los griegos.

Los inventores de las herejías son ordinariamente teólogos, profesores ó predicadores de nombradía, que reunen á su gran talento un grande orgullo. Estos avanzan en sus discursos ó en sus escritos algun grande disparate, lo mismo que á todos nos puede suceder; pero especialmente á los que hablan ó escriben mucho. Se les pide una retractacion, ellos responden con injurias: el papa,

después de muchas tentativas inútiles, acaba por herir con el anatema esta opinión contraria á la creencia de todos los siglos. El inventor que se ha aprovechado de esta paciencia del papa para hacerse de numerosos y grandes protectores, entra entonces en furor contra el papa y la Iglesia de todos los siglos: él hace de Roma *la prostituta de Babilonia*, *la grande bestia del Apocalipsis*, del papa un anti-cristo, de todos los católicos miserables idólatras: y en adelante no habrá ya salvación, mas que para los incautos seducidos por él, que creerán y harán creer como un dogma sagrado é inviolable la opinión condenada. Tal fué en el siglo IV el inventor de la herejía arriana, tales fueron en el siglo XVI los comadrones de la religion luterana, de la religion calvinista, de la religion anglicana. Trinidad protestante, que ha dado á la Europa tantas religiones, que una parte de sus habitantes no quiere ninguna.

Sin embargo, los artífices de cismas y herejías no lograrían sus intentos si ellos no encontraran soberanos dispuestos á secundarlos, trasformando en religion del Estado las invenciones del infierno. Estos son príncipes que, en materia de religion, de costumbres y de gobierno tienen fantasías que no pueden satisfacer en medio de un pueblo francamente católico. Los cortesanos y las damas les dicen lo que el corazón de los déspotas les dice ya muy claro: ¿Por qué os deteneis? El

papa y sus obispos no tienen contra vos mas que sus viejas armas espirituales, las vuestras son un poco mas temibles. La Iglesia, con sus grandes rentas, su plata, sus conventos, sus establecimientos de caridad, es bastante rica para hacer los gastos de su entierro: vos teneis una multitud de nobles arruinados, de funcionarios y medianías hambrientas que quedarán muy contentos con abrir la tumba del papismo, si vos les abandonais los despojos: el pueblo murmurará sin duda; pero ésta es otra razon mas para darle sacerdotes que reduzcan toda la religion á estas tres palabras: Adora desde luego á Dios, en seguida al rey, obedece en todo, trabaja y te salvarás. Ved, señor, á los pueblos del Oriente, de África, que jamas se atreven á murmurar, aunque hagan lo que hicieren, el monarca y sus gentes: esto es lo que se llama reinar: mientras que vos no tuviereis en vuestra mano la religion de vuestro pueblo, vos no seréis mas que una sombra de soberano.

Esto parece admirable á los soberanos, y hé aquí que ellos trabajan por venir á ser los dioses de sus pueblos. Tales fueron los grandes duques y czares de Rusia, que hace muchos siglos rigen como señores absolutos el alma y el cuerpo de sus vasallos de la religion cismática griego-rusa. Tal fué Henrique VIII el esterminador del catolicismo en Inglaterra; tales fueron todos los príncipes protestantes.

Veamos ahora, amigos míos, cómo los malvados llegan á despojar á un pueblo católico de la única religion que salva las almas y los cuerpos, para engastarles una religion nueva que ellos han concebido en el delirio de su orgullo y en sus brutales holgorios con sus deshonestas criaturas. Esto les sale bien por su infernal hipocresía, por el número y actividad de los pancistas voraces, y por la apatía del pueblo.

Estos demonios se guardan bien de descubrir su pensamiento y decir: "Una religion que mande á todos no conviene á nuestro interés: nosotros queremos una religion que ponga mordaza al pueblo, mientras nosotros lo desollamos." Si ellos se determinaran á hablar así, no habria un pueblo, por poco cristiano que se le suponga, que no se hiciera un deber de justicia y caridad de responderles: malvados, poned en fuga vuestros piés, porque si no bien pronto no tendréis ni manos ni piés. Como dignos hijos de su padre que está en los infiernos, jamas omiten trasformarse en ángeles de luz: ellos gangrenados por los vicios, podridos por la disolucion, hipócritamente deploran los abusos que desfiguran la religion de Jesucristo tan pura en otro tiempo: los que por su mala versacion y sus despilfarros han devorado su patrimonio y las rentas del Estado, no cesan de hablar sobre el mal gobierno de la Iglesia, sobre la ociosidad del clero, de los monjes y de las mon-

jas, y sobre la necesidad de reformar al sacerdocio. Ellos poderosamente son secundados en esto por algunos perdidos de sotana que tienen necesidad de mudar de Iglesia por temor de que la Iglesia los haga mudar de vida; pero la fuerza principal de los reformados cismáticos consiste en el grande ejército de pancistas voraces y moderados.

Hay en todos los Estados grandes señores propietarios, y hombres de la clase media que tienen mas mujeres que la única que permite la Iglesia católica, y diez veces mas de plata que la que se necesita para pagar sus deudas y continuar su asquerosa y ociosa vida, y en todas partes hay una multitud de hombres mozos acabados de salir de los estudios, que despues de haber explotado á su familia, quieren explotar también á la Iglesia y al Estado. Hay millares de doctores sin costumbres y sin ciencia, digamos mejor, hay una infinidad de borriquetes que llevan pluma, que necesitan destinos para sí, y oro para ellos y sus mujercillas, y que no lo tendrán jamas sino de un gobierno inmoral y perverso; y hé aquí que todos estos se aficionan por la reforma religiosa, y se ponen á rebuznar en los clubs y en los diarios contra el papa, los cardenales, los obispos, los sacerdotes, los religiosos, y contra todo lo que ellos llaman botica clerical.

A esta multitud de pancistas con vestido fino,

que son la aristocracia de las revoluciones, se juntan los pancistas en guñapos, que son el pueblo, quiero decir, los que son como los postes de las tabernas, porque siempre están en ellas, los amargados de la justicia, las mujeres públicas &c., todos enemigos de corazón de lo que ellos llaman padrería y monjería; pero no menos cordialmente amorosos de los despojos de la Iglesia y los conventos. Poder de un solo golpe robar y matar á esta Iglesia, que ella sola hace temblar á los ladrones y á los asesinos, qué fortuna para los cabecillas y soldados de las revoluciones!

Alentados por este ejército de bandidos, que engrosa con todos los voluntarios criminales que Satanás envía de doscientas y trescientas leguas á la redonda, los reformadores publican leyes atentatorias á los derechos de la Iglesia, y á la libertad del ministerio religioso. Los obispos reclaman, protestan, y son perseguidos y batidos por crimen de rebelion: el papa apoya las reclamaciones de los obispos, y no hay ya mas que un grito contra el déspota extranjero que abusa de una religion toda de paz y de caridad para despedazar al Estado y sostener á los facciosos. Mientras que se aprisiona, se destierra ó se degüella á los pastores fieles, se hace moneda con los bienes de la Iglesia y los conventos para pagar á los verdugos y comprar apóstatas que adormecen al pueblo diciéndole: "Gentes valerosas, estad sin

inquietud, todo esto es por vuestra mas grande felicidad y para gloria de nuestra santa religion: era preciso, antes de todo, libraros de la infame dominacion del papa y de sus sacerdotes facciosos, que se oponian á toda mejora de vuestra suerte, y devoraban vuestras riquezas manteniéndoos para trabajar en vuestra felicidad, vos lo vais á ver!

Desde entonces no hay mas que un medio de salud para el pueblo, este es una humilde representacion al soberano, concebida en términos mas ó menos respetuosos, pero que significan esto: Si olvidando que tú has tenido el honor de reinar sobre un pueblo católico, tú pretendes poner el pié sobre nuestras conciencias para mejor explotar nuestras libertades y nuestros bienes, nosotros te enviaremos á reinar á otra parte: revoca al instante las leyes que te han inspirado los tunantes ambiciosos, retíralos de tí; si no, la nacion proveerá á su defensa.

Así lo hicieron al fin del último siglo los valientes católicos belgas, á quienes el pancista empedrador José II, queria dotar con una Iglesia á su modo. Despues de muchas representaciones que no hacian mas que animar al perseguidor, los belgas recurrieron á la última razon de un pueblo contra sus verdugos: á una señal dada, los edictos imperiales sirvieron para hacer cartuchos, y las tropas del autócrata solo se salvaron á todo

escape. No pudiendo nada con las armas contra estos obstinados, el hipócrita ocurrió entonces á la Santa Sede, que él mismo hasta entonces habia colmado de humillaciones y de ultrajes, para que el supremo pastor invitara á sus ovejas á ponerse de nuevo bajo el gobierno del lobo. Pio VII dirige algunas palabras de conciliacion á los belgas; pero estos le responden: "Santísimo padre; hablando como vos lo haceis, llenais el deber de padre comun de los cristianos, y nosotros creemos que hemos llenado el nuestro, estrellando al insolente violador de nuestra fé, y del pacto que nos ligaba á él; si él se atreve á aparecer de nuevo, ¡qué se aguarde! Algun tiempo despues, S. M. I. y real, José II, devorado por los disgustos que le causaron los gobernantes necios, fué á dar cuenta á Dios de sus maravillosas reformas y dejó á sus sucesores un bello Estado de menos.

Que si un pueblo no tiene la energía religiosa de los belgas, ni unos gefes políticos bastante unidos para dirigir el movimiento nacional y romper el yugo de la tiranía religiosa, sin caer bajo el de la anarquía, el pueblo será infaliblemente aparejado, despues de algunas insurrecciones que se ahogarán en sangre: Dios coronará un número mayor ó menor de mártires, que desafiarán á todo antes que legar á sus hijos el cisma y la herejía; el resto se dormirá como un animal estúpido

á la sombra de un fantasma de cristianismo, creado por los malvados mas negros que han salido de los tratos familiares de Satanás con la perversidad humana.

Este es, amigos míos, el título que indudablemente merecen los miserables que han despedazado la mitad de la familia cristiana, así como lo veremos en el entretenimiento siguiente.

FIN DEL TOMO PRIMERO.